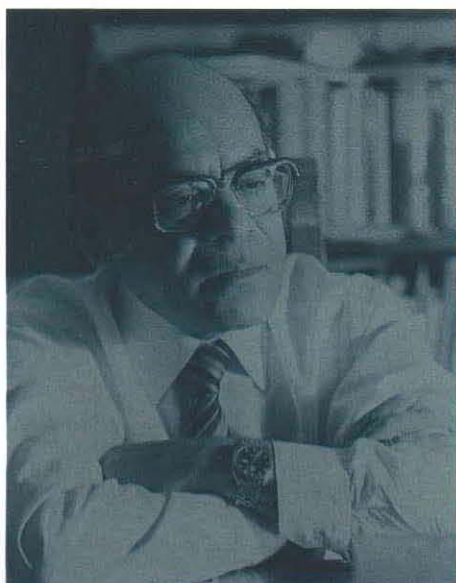


gador viajero”; con ello destaco su enorme voluntad por redescubrir un viejo monasterio o una olvidada iglesia renacentista o barroca.

De sus primeros trabajos sobresale su participación en la magna obra *Iglesias de México*, publicación de la Secretaría de Hacienda, en donde también vio la luz su *Arquitectura del siglo XVI*, y lo que se podría llamar su primera versión de *La Catedral de México*. Para 1920 publicó su libro *Saturnino Herrán y su obra*; personaje de íntima amistad a cuyo pincel se debe un espléndido retrato del maestro Toussaint.

En 1936 funda el Instituto de Investigaciones Estéticas y su renombrada revista *Anales*, en la cual colaboró de manera constante. Su obra pionera como una totalidad de aproximación metodológica para la historia del arte mexicano fue *Paseos coloniales*; poco después, en 1942, publica la monografía *Pátzcuaro* y más adelante *Arte mudéjar de América*.

En 1948 ven la luz sus dos obras fundamentales: *La Catedral de México y el sagrario metropolitano. Su Historia, su tesoro, su arte*, dedicado al estudio, parte por parte, del templo máximo de América y, el *Arte colonial de México*, que de suyo bastaría para dar a Manuel Toussaint la máxima categoría como historiador del arte colonial de México.



Wonfilio Trejo, 1987.

Wonfilio Trejo: la discusión filosófica como pasión

Myriam Rudoy

La memoria puede ser fuente de placer y dolor, por ello tiene que ser selectiva. A diferencia de Funes, el memorioso, el agobiante personaje del cuento de Borges, no recordamos todo, lo que formamos es una figura que se construye a partir de un mosaico de recuerdos y eso es lo que a mí me pasa cuando trato de rememorar al maestro Wonfilio Trejo.

Lo primero que me viene a la cabeza es una tarde lluviosa, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM; estoy en uno de los salones grandes con el amplio ventanal que da hacia los jardines centrales. Al frente, sentado en un escritorio un escalón superior a donde estoy sentada, Wonfilio Trejo, que es mi profesor de Teoría del conocimiento, está debatiendo el problema de la verdad. Con su tono pausado y suave, siento que habla sólo para mí. En lugar de mirarnos, Trejo tiene la vista fija en un punto lejano situado más allá de la ventana, y como si desde allí nos fuera descifrando un complicado jeroglífico, va explicando el concepto. De cuando en cuando regresa y nos observa, parece

que busca cerciorarse si la comunicación sigue establecida. Esta clase, como la gran mayoría de las que me tocó seguir durante mi vida universitaria, primero como estudiante, y luego, como ayudante suya en los cursos de Teoría del conocimiento y de Ética, se caracteriza por el orden y rigor en la exposición. En todos sus cursos era notable la seriedad y sistematicidad con que se presentaban las concepciones de otros filósofos y principalmente por la manera en que se discutían, clasificaban y reformaban las ideas de los otros desde *su* perspectiva, misma que mostraba su talento para el trabajo intelectual en el espacio íntimo del salón de clases. Con el tiempo aprendí que los resultados de los que éramos testigos en las clases provenían del debate que tenía lugar en la soledad del gabinete, con Trejo rodeado por sus libros y diccionarios; y de esos frecuentes combates teóricos que duraban noches interminables surgía esa clase amable y clara. En los diez años que trabajamos juntos no faltó jamás a sus clases ni a las mías y siempre fue puntual.

Recuerdo también lo que él me contó sobre su llegada a México a estudiar. El maestro Trejo vino a esta capital de Ciudad Victoria, Tamaulipas. Una exitosa educación en la Normal lo había convertido en director de una primaria antes de cumplir los veinte años. Llegó a fines de los años cuarentas y se inscribió en la Facultad de Filosofía, que entonces se encontraba en Mascarones. Años después, uno de sus hermanos mayores, al reconocer que sus preocupaciones intelectuales eran genuinas, cosa que se mostró por su excelente rendimiento académico, empezó a apoyarlo económicamente, antes de lo cual sufrió algunas penurias. Sus primeros trabajos teóricos versaron sobre Husserl y Dilthey, de quienes tomó elementos de sistematicidad y el afán por realizar recorridos históricos al rastrear un problema filosófico.

También lo evoco en sus libros, en su amor por la precisión y matemática de Leibniz, su admiración por el gran proyecto filosófico de Kant. Y sobre todo, su gran preocupación filosófica acerca de la posibilidad del conocimiento del mundo exterior y el recuento y análisis que hizo de las teorías de la percepción modernas y contemporáneas y que aparecen en su libro *Fenomenalismo y realismo*, trabajo que le sirvió para sustentar su disertación doctoral y cuya calidad fue ampliamente reconocida por la comunidad filosófica de epistemólogos que lo examinaron.

Como hombre público y autoridad universitaria, Trejo fue sencillo, cordial y respetuoso, cualidades que lo hicieron muy apreciado por todos los que lo rodeamos.

Todos estos recuerdos me instruyeron de varias maneras, haciéndome ver que la actividad filosófica es principalmente una pasión por el debate y la discusión de las ideas; también mostrándome que el verdadero filósofo debe entender el punto de vista del otro con la misma

comprensión con la que entiende el propio y, por último, que tanto en la docencia como en la investigación filosóficas debemos buscar orden, rigor, seriedad y sistematicidad, características que se han convertido para mí, al paso de los años, en su más valiosa enseñanza.

Rodolfo Usigli

Lech Hellwig

Rodolfo Usigli, ciudadano del teatro, nació en 1905 y murió en 1979 en la ciudad de México. Poeta, escritor y traductor, teórico e historiador del teatro, diplomático, formador de nuevas generaciones dedicadas al quehacer teatral en México. Hijo de emigrados europeos, su padre nació en tierras italianas y su madre en tierras polacas. Desde muy joven demostró particular interés por el teatro e hizo estudios en el Conservatorio Nacional en México y en la Escuela de Arte Dramático en la Universidad de Yale, New Haven. En el prefacio a la publicación de *El gran circo del mundo*, escribió:

[...] el escritor tiene que vivir de su trabajo, soy el primero en reconocerlo y se me conoce por la exigencia feroz que adelanto siempre de que se dé un lugar de dignidad, y los medios para sobrellevarlo, al escritor. Aquí podría perderme en un laberinto si no viniera en mi auxilio el lugar común que divide a los hombres entre aquellos que viven para comer y aquellos que comen para vivir.

Él mismo, en la advertencia general a sus obras completas, resume:

[...] a pesar de las controversias, los escándalos, los éxitos y los fracasos, los aplausos y los insultos, los prólogos y los epílogos, mis intenciones y mis obras, si bien comprendidas y absorbidas por el público —que es el único núcleo humano en estado de gracia, es decir, en sentimiento y en sentido de generación espontánea—, no han sido enfocadas ni juzgadas con exactitud por la crítica profesional, por la gente del arma del teatro ni por los investigadores universitarios en lo general.

Y continúa:

[...] me agrada pensar que algunas relecturas hechas por cada quien a sus horas propias y no a las impuestas por la ley del espectáculo tea-